

Filosofía de la existencia y perspectivas de la facticidad
Oscar Enrique Santilli - Graciela Iris Ciccarelli - Angélica Gabrielidis de Luna
Armando Rodríguez - Iván Patricio Sepúlveda

Oscar Enrique Santilli

La obra

Una obra de filosofía que sale a la luz despierta una curiosidad singular teñida de expectación y asombro. Promete algo que al principio se advierte encubierto y luego desemboza mostrando su contenido encerrado según una gradualidad medida en los términos posibles de cada escritor.

Filosofía de la existencia y perspectivas de la facticidad; así se anuncia para el público un texto filosófico que alberga un conjunto de trabajos individuales realizados bajo el espíritu colectivo de un grupo de docentes-investigadores aplicados a una tarea que difícilmente encuentre su satisfacción final en el resultado que aquí se presenta. Movidos por el afán de dilucidar cuestiones ricas en desarrollos anteriores y de complejo tratamiento, el equipo de profesores de la Universidad Nacional de Cuyo que conformamos, tomamos las cuestiones arduas del pensamiento filosófico contemporáneo como una meta que, aunque difícil de alcanzar, no podrá doblegar nuestro esfuerzo de antemano. Sin dudas, la dificultad, no logrará diluir esa intención inicial cuando existe verdadero ímpetu para la tarea, seriedad en su tratamiento y empeño por alcanzar un término que pueda justificar tanto camino recorrido y tantas modificaciones en la hoja de ruta.

El libro que presentamos incluye un tránsito por los textos que seleccionamos como oportunos a la hora de configurar un trabajo que refiera a la situación actual y concreta del hombre contemporáneo interpelado por el acoso de la des-fundamentación teórica. Sin ánimo de producir una reformulación de cuestiones que intenten recuperar algún principio perdido, el esfuerzo se orienta al replanteo de tópicos centrales en las obras de los autores y los textos trabajados. Una tarea interminable que encuentra sosiegos transitorios cada vez que creemos oportuno hacer un paréntesis para publicar un libro. Un destino extraño y casi inexplicable si entendemos que en la instantaneidad del presente vertiginoso el ‘medio’ parece confabularse contra quien demanda tiempo para leer un texto. En los tópicos analizados se presentan caminos recorridos que indican un trayecto de la experiencia personal en el ejercicio del filosofar. Esos trayectos son testimonios de un empeño que se muestra en cada página y se arriesga valientemente en cada afirmación; en cada trazo que pone en juego una manera de pensar y de vivir.

Los autores de la presente obra decidimos el itinerario de nuestras propias producciones bajo un espíritu común que supone el trabajo en equipo guiado por el deseo de poner la reflexión al servicio del esclarecimiento de cuestiones que contribuyan a dilucidar la situación del hombre contemporáneo. Desde aquí estimamos que un texto que aborde desde lo filosófico las temáticas a las que nos vemos aplicados por el avance de la acción externa sobre nuestras elecciones debe permitirnos orientar nuestras conciencias hacia la toma de decisiones y direcciones en nuestro obrar público y privado. Cada juicio sostenido es la expresión verbalizada de una experiencia existencial fundida a partir de la relación pensamiento – vida. Cada tramo del trayecto comporta una dimensión de lo humano que es la materia de trabajo sobre la que se forma y transforma el pensamiento en vida. Fusión ‘pensamiento – vida’ que admite variadas lecturas pero que sin duda se convierte en una fuente de inagotable riqueza para la teoría y la práctica que conjugan la presentación de los temas propuestos en las fuentes escogidas con el movimiento propio de cada autor. Angélica Gabrielidis, Armando Rodríguez, Graciela Ciccarelli, Iván Sepúlveda y Oscar Santilli, contribuimos desde la particularidad de nuestros esfuerzos intelectuales a la unidad del trabajo filosófico que se plasma en la obra hoy presentada: contribución que incluye

el anhelo de llegar al lector y recibir de él su mirada enriquecedora. Todo texto se consume en el lector que se constituye en el destino final del esfuerzo teórico que no tiene otra razón de ser que completarse y comprenderse en el orden práctico donde se revuelve efectivamente la vida concreta de cada hombre.

El momento

Los siglos XX y XXI han asistido a una explosión cultural e intelectual que ha cubierto el universo de la filosofía académica con una variedad policromática de perspectivas filosóficas ávidas de instalarse en el colectivo social-académico pero, principalmente, en el colectivo humano-cotidiano. Este propósito se deja ver en el papel que las filosofías de estos siglos XX y XXI, como los movimientos culturales, han cumplido colmando aulas en los grandes centros de enseñanza europeos y americanos pero fundamentalmente, ganando las calles en movimientos emblemáticos como el mayo francés, el movimiento ecologista, los movimientos antiglobalización, por nombrar sólo algunos; todos de distinta raíz, desigual intensidad y diversas orientaciones ideológicas, además de muy variado rango de acción, influencia y extensión. Lo anterior no pretende ser una enumeración y mucho menos una clasificación omniabarcante pero ilustra nominalmente el escenario variado en que se presenta la escena del hombre contemporáneo. Este hombre es actor de su propia vida pero también, en muchos casos, actor de la vida de otros, y nos referimos con ello a aquellos que tienen en sus manos el gran poder de decisión que involucra a millones a quienes no se consultará ante una ‘decisión’...

El mundo se torna plural, vale decir, facetado, fragmentado y también dramáticamente expoliado. Un mundo que muestra una imagen que asusta: colisiones sociales e ideológicas, por ejemplo, se agolpan a la mirada del hombre común desprevenido que se queda sin palabras ante decisiones de pocos que afectan a muchos de los cuales la gran mayoría se siente (si es que hay sentir) ‘convidados de piedra’. Este clima propaga una temperatura que invita menos a pensar y tomar las cuestiones entre las manos que a abandonarse a la fluidez del instante y a la molición tecno-lasciva del hipervínculo que todo lo conecta con algún dispositivo de ‘última generación’. La fruición exacerbada por la posesión y el uso de los artefactos ha adquirido una dimensión tal que parece haberse modificado el lugar del cuerpo propio relegándolo al plano de ser una extensión del aparato tecnológico. El instrumento resulta convertido en un fin y el fin decide sobre lo que apetecemos. La sensibilidad termina siendo administrada por el elemento que maneja nuestro deseo pero también nuestro tiempo y nuestro espacio. Quedamos reducidos a ser el espejo de lo otro que se vuelve el protagonista de los siglos XX y XXI que parecen haber renunciado a despertar al hombre de su embriaguez tecnocientífica haciendo, en su lugar, que esa embriaguez continúe gravitando sobre su conciencia con el sopor somnífero que neutraliza todo intento de poner el pensamiento en acción.

En ese contexto una obra de filosofía resulta destinada a la indiferencia absoluta si consideramos que el ritmo de los acontecimientos imponen una velocidad al diario vivir que poco margen dejará para detenerse en el ámbito de la reflexión y en la paz del pensamiento que reclama instantes de reposo (no quietud) para encontrarse consigo mismo. Ese ha de ser, según observamos, el destino del hombre contemporáneo que ha renunciado a determinantes fundamentales que se requieren para entender los grandes procesos humanos que se operan ante su mirada y se vence ante un dinamismo salido de órbita que lo puede y lo domina. Son tiempos de naturaleza compleja en los que raramente se pueda oír ‘esa voz interior’ que anima desde lo profundo a seguir un cometido sin importar los riesgos sociales y económicos que traiga; la urgencia por cumplir con los estándares de la ‘buena vida’ apremian y oprimen de modo tal que la ‘libertad de conciencia’ queda sujeta a los intereses y la conveniencia.

Pero no sólo el oído queda puesto en tela de juicio, no sólo la voz del *vocare* es ahogada en la vorágine descontrolada de una posmodernidad hambrienta aparentemente de... ¿nada?, sino la visión es también atacada y sojuzgada. Los fines se tornan invisibles gracias al bombardeo mediático que parece tener el poder de la influencia más efectiva pero también más brutal. La

saturación de la visión concluye inexorablemente en la ceguera. La pantalla ampliada todo lo ofrece y no deja margen para la elaboración del contenido y el análisis. Todo lo que se muestra parece ser ‘todo’. Nada queda ajeno al veredicto que la opinión pública pueda hacer de cualquier cosa y quedamos a merced de los mega-medios de comunicación que administran el contenido y, quizás lo más dramático, el sentido de lo suministrado en la colosal masa de información aparentemente estructurada para lograr una ‘deformación’ como final glorioso de su epopeya. Reducidos y recludos en un fondo abisal trabajamos en el ascenso como si una réplica de la *caverna platónica* se hubiese impuesto en estos tiempos y demandara de los profesores de Filosofía una tarea quijotesca y aparentemente extemporánea: andar el camino hacia un destino que pretende seguir llamándose ‘Vida’, ‘Bien’, ‘Verdad’, ‘Belleza’. En ese camino es necesario contar con verdaderos invitados, no ya ‘convidados de piedra’ sino actores (activos) que asuman el papel de crear y recrear su propia vida a cada instante. Bajo esa estela la ‘existencia’ tiene que ponerse en el curso de la Filosofía y por eso también debe reconocer que en ese hecho fundamental que supone encontrarse a sí misma en su cotidiano ser y hacer, debe asumir que siempre se reconocerá bajo la forma de una perspectiva fundamental y constitutiva.

La aceptación de la pluralidad de formas y contenidos que inundan el horizonte cultural del finalizado siglo XX y el recientemente nacido siglo XXI imponen con carácter anticipatorio la aceptación de todas y cada una de las experiencias que integran el panorama de la vida desde sus expresiones más simples y cotidianas hasta las formulaciones teóricas más creativas y desafiantes. Sin embargo no podemos ni debemos sustraer la actividad propia del juicio que caracteriza esencialmente al acto de la conciencia que discierne y decide pues implica nuestra más esencial y natural condición de seres éticos. No puede reducirse la libertad a la simple aceptación de las diferencias, sean éstas las que fueren y pertenezcan al orden que fuere. Un nuevo imperio se alza sobre el horizonte que ya no distingue pueblos y es el de la globalización de la opinión que combate el juicio como enemigo que intenta recluir el ejercicio de la libertad al del dominio de un saber especial sobre la realidad.

Un texto de filosofía abriga el anhelo de invitarnos a pensar, cuestión que ya parece ‘extinguida’ en el árido desierto que se extiende ante nuestros ojos cuando lo que hay que ver solo arroja la imagen difusa de un mundo que acepta cualquier cosa con tal de no polemizar por poner en entredicho ‘alguna diferencia’. El calmo horizonte del ambiguo igualitarismo invita a la molicie, no al examen que distingue y especifica, logrando de aquel modo un pseudo acuerdo de mínimos indispensables para pasar la coyuntura y seguir sorteando las dificultades de la cultura con una actitud ‘políticamente correcta’. No involucrarse demasiado, morigerar la contundencia de las afirmaciones de las que se está convencido, no abrir juicios de valor desde la postura que se sostiene, no implicar las propias convicciones religiosas, ideológicas y políticas en el diálogo; en la realización de las actividades propias de la cultura, en el ejercicio de las funciones en donde se necesita estar sostenido por algún punto de apoyo, parece ser lo distintivo de estos tiempos. Una neutralidad desprovista de singularidades y definiciones, una destreza para caminar en la neblina sin rumbo para no llegar a ninguna parte proviniendo de ningún lado, se tornan las situaciones posibles del estar y del traspasar por la comunidad sin que ello suponga un conflicto que, de todos modos, hubiera sido preferible evitar. La ausencia de compromiso, del riesgo y de la virtud se vuelven moneda corriente y colaboradoras en la construcción de la apoteosis del facilismo. Conductas inducidas, opiniones preformadas, estereotipos humanos de aceptación mediática han copado el espectro de lo ágil reduciendo el universo de la libertad al hecho vago y despersonalizado de estar en sintonía con el entorno.

El olvido de la Ética nos vuelve transhumantes de la vida, no hombres y mujeres con poder de elección y acción porque en tal olvido la elección de lo que verdaderamente se quiere ‘ser’ y ‘hacer’ se desvanece en la confusión del igualitarismo anonadante. Tiempo de crisis... como siempre, quizás, pero ahora exacerbados por el ansia de poder y de tener configurados bajo el modo del monopolio consumista y de la opinión como instancia final a la cual recurrir a la hora de encontrar un punto y un eje sobre el cual apoyar y girar el pensamiento dominante de nuestras culturas. En este *imperio de lo efímero*, en palabras de Lipovetsky, hasta el ‘pensar’ ha

sido convertido en moda con lo cual queda herido de muerte en su más íntimo ser. Herida que tarda en cicatrizar y deja escapar su vitalidad clamando por no extinguirse en el ahogo en que cae compulsivamente todo intento del 'pensar' por revivir. Apelación a la cordura, al juicio prudente, a la reflexión se vuelven el nuevo apelativo de la esperanza como final alternativo a un mundo desolado y sin destino. En este marco, una obra filosófica tiene una misión fundamental que consiste, al menos en reparar en eso que ligeramente se dice y poco se considera, preguntarnos nuevamente por el 'fundamento'. Cuestión que ha dado nombre a una dirección de la filosofía contemporánea cuando inserta en la expresión '*Ontología fundamental*' (M. Heidegger) intenta indicar una manera de retomar el problema del ser desde una perspectiva que revisa las afirmaciones sostenidas por una determinada manera de filosofar ampliamente difundida y defendida desde los albores de la racionalidad helénica.

Urge un giro en el pensamiento que vuelva a poner su centro en la realidad radical de la existencia (facticidad) acosada por el peligro invasivo de la deshumanización. Ésta, alentada y promovida por el descentramiento del 'pensar' tentado por convertirse en epifenómeno de la cultura, conduce a la exaltación de lo vital en su expresión puramente natural y a una reducción de lo espiritual como expresión de un costado psicológico o como reserva de un contexto religioso que acepta una trascendencia inverificable en el orden positivo de las cosas. Atónitos, quizás ante esta disyuntiva que se presenta como única manera de instalarse en el 'mundo', el desafío del trabajo filosófico cobra su significación. Comprometidos en esta situación trabajamos en la ampliación de los horizontes del conocimiento que ha sido recortado por la posmodernidad en sus diversas manifestaciones y en sus más desafiantes teorías que anuncian el peligro de desmoronamiento del edificio de la Filosofía en su conjunto. El libro que presentamos alberga un propósito; que el trabajo del pensamiento (*ergon* y *dianoia*) en su relación íntima y absoluta fecundidad sigan constituyendo el eje estructural sobre el cual se teje la vocación profunda de aquellos que entendemos la filosofía como un ejercicio de cultivo y superación humana.